



Pregón de la Semana Santa de Cabo de Palos 2024

Buenas tardes,

Hermano Mayor y miembros de la Cofradía del Santísimo Cristo de los Pescadores de Cabo de Palos,

Dignísimas autoridades civiles, militares y religiosas,

Hermanas y hermanos cofrades,

Estimados amigos.

Antes de nada, quisiera agradecer a la Cofradía del Santísimo Cristo de los Pescadores por el honor de constituirme en pregonero, y a mi querido paisano Pepe Castillo por sus bellas, sentidas y profundas palabras, que agradezco con el corazón abierto.

La Semana Santa es un periodo de comunión, de unión en la fe, con la familia, la que te toca, y se queda, y la que uno crea en la vida. Por eso quiero dar especialmente las gracias por acompañarme a mi mujer y a mis hijos, a Isabel López y a su familia, a mis primos y a mis tíos, a mis amigos de todas partes, a mis paisanos de Cartagena y La Unión y a mis hermanos californios, en especial a los de las agrupaciones de San Pedro y de la Coronación de Espinas. Un coronado sampedrasta es quien se dispone a hablaros.

Los que nos conocen bien saben que la familia Wandosell tiene una relación muy especial con el Cabo de Palos, el cabo de la laguna salada (*Palus* en latín), según su origen etimológico, donde se vive de mar.

Somos gente de medio día, de cielo alegre, de claridad...

Como dijo la gran poeta unionense María Cegarra:

«No es la tierra quien me sostiene, sino la luz del día». (Cristales Míos. 1935)

Nos gusta sentir cómo el sol calienta nuestra piel en este pequeño umbral cabopalero entre la tierra y el mar, entre lo conocido y lo inexplorado, con su FARO funcionando desde 1865. Una estrella a flor de agua, un sucedáneo nocturno del astro rey que guía el destino de los hombres que se acercan a él.



En Cabo de Palos respiramos LUMINOSIDAD SALADA, de día y de noche, y como dijo Gabriel Miró: ¡Qué dulce es sentirnos cerca del cielo desde la tierra! (El ángel, el molino, el caracol del faro. Gabriel Miró). Aquí imaginamos poder coger el cielo con las manos.

Hace miles de años se asentaron temporalmente en este lugar especial pescadores griegos, fenicios, cartagineses, romanos, árabes y castellanos, con dedicaciones pesqueras pasadas de padres a hijos, hasta que, hacia 1873, unos pescadores alicantinos y andaluces se establecieron definitivamente en un poblado. Allí se juntaron unos 223 habitantes, según consta en el padrón de vecinos de 1889, con apellidos como Rajas, Ruso, Fuentes, Parodis, Jerez, Buigues y Amat, que, en algunos casos, todavía perduran hoy en día en este pueblo.

Junto con esos pescadores se asentaron en el Cabo de Palos unos pocos comerciantes y propietarios de La Unión que aprovecharon las oportunidades abiertas por las necesidades de la nueva población.

El primero de ellos fue el constructor Pedro Marín Sánchez, abuelo de mi querido tío Juan Sánchez Marín, esposo de Marisol Wandosell Morales, la hermana de mi padre.

Pedro Marín fue contratista, entre otras obras, de la casa del Piñón de La Unión, su actual ayuntamiento, y en la década de 1870 edificó varias casas en Cabo de Palos, que alquiló a un precio razonable a los pescadores. Todas ellas en la calle principal, que hoy en día lleva su apellido: calle Marín.

Pronto le siguieron, buscando la tranquilidad de sus aguas, sus rincones y sus paisajes, otros propietarios mineros y comerciantes unionenses y cartageneros establecidos en la villa minera, como el fundidor Miguel Zapata Sáez, el mítico «Tío Lobo», en 1886, el gran empresario Celestino Martínez Vidal, impulsor del Gran Hotel, en 1890, o Bernardo Pérez Santamarina, el fundador de la futura Maquinista de Levante, en 1892. Todos ellos construyeron sus casas en la barra de Cabo de Palos.

Y en la playa de Levante lo hizo, en 1897, el propietario minero Andrés Teulón Bisso, verdadero «padre» del Cristo de los Mineros; en 1899 el futuro alcalde de La Unión Pedro Ros Manzanares, y su hermano Paco, que se volcaron en ayudar a los naufragos del Sirio; y en esas mismas fechas el médico Ponciano Maestre Pérez y el eminente notario



Emeterio Martínez Conde, propietarios en esos años de las minas de hierro «El Senador» y «El Niño» en la sierra de Cabo de Palos.

En esa época, concretamente en noviembre de 1881, y por ese incipiente establecimiento de los nuevos residentes, procedentes en su mayoría de La Unión, Bernardo Rein, en nombre de la compañía inglesa *The Cartagena and Las Herrerías Steam Transway Company Limited*, presentó al gobernador civil un proyecto de prolongación del tranvía de vapor desde La Unión hasta el Cabo de Palos, que, como todos sabemos, nunca llegó a construirse.

Ya entrado el siglo XX algunas de las estrellas más brillantes del universo cultural y social unionense y cartagenero, como María Cegarra, Asensio Sáez, los hermanos Páez Ríos, Antonio Ros, Carmen Conde o Antonio Oliver se asentaron cerca del faro, entre el mar y las minas, iluminando sus espíritus con días, meses y años de tertulias y sentimientos, en un Cabo de Palos familiar y de amigos, ajeno a los bares y los cines y no invadido aún por el hormigón, al que fueron capaces de atraer algunas de las mentes literarias más brillantes de esa época. (Asensio Sáez, ABC, 28 de julio de 1979).

Una brizna de la luz de Cabo de Palos tiene brillo unionense, y el río de minerales de La Unión desemboca bajo el mar de esta luminosa tierra de pescadores.

Por todo ello cobra todo el sentido del mundo el hermanamiento de la Cofradía del Santísimo Cristo de los Pescadores de Cabo de Palos con la Real e Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros de La Unión, el cual celebro con mi corazón y glosó con alegría como cronista oficial de la bendita ciudad minera.

Resulta más que justo el hermanamiento de dos profesiones que comparten la intensidad y profundidad del esfuerzo, y el constante desafío a la muerte, dando luz a la valentía y a la fortaleza humana ante la naturaleza.

El vínculo de mi familia con este mágico lugar viene, por tanto, de antiguo, y, como no podía ser de otra manera, de la minería, de La Unión y de mi bisabuelo, el fundidor Pío Wandosell, que compró una casa junto al faro de Cabo de Palos el 25 de enero de 1899.

Nuestras raíces quedaron enclavadas en este lugar desde entonces, y yo, desde que nací.

Mis padres, recién casados, alquilaron primero, a finales de la década de 1960, en la playa de Levante, el piso de arriba de la casa de una marquesa, Dña. Blanca Rondón, una señora



encantadora que hizo siempre mucho bien, ayudando a los pescadores del pueblo en momentos de necesidad.

De allí son los primeros recuerdos de infancia. Como cuando con 4 años mi madre me guiaba cada día desde la ventana para que yo cruzara la carretera de subida al faro, y fuera a comprar pan al Campillo (una tienda de ultramarinos local más tarde transformada en el inolvidable pub El Miqui).

También recuerdo vagamente las comidas en el Mosqui, que entonces era un chiringuito en medio de lo que ahora es el nuevo puerto, y la construcción por la compañía Peñarroya de esa dársena, en compensación por la pérdida de la de Portmán, en cuyas obras encontré una gran caracola que todavía conservo y hago sonar de vez en cuando.

Mi tío Juan Sánchez Marín compró con once socios los terrenos desde Cala Medina hasta Cala Reona, y constituyó una nueva urbanización, Cala Flores. En 1971 nos trasladamos a ella, y allí ha discurrido mi vida desde entonces, en interminables estancias durante todo el año, y con los paréntesis necesarios para sobrevivir...

Hoy en día ese rincón sigue siendo nuestro refugio más seguro, nuestra vida tranquila, el océano de la infancia, un lugar anclado en una esquina de nuestro corazón, desde el que mis padres iniciaron su último viaje, y donde más nos descubrimos y nos dibujamos.

En esta iglesia fui monaguillo con el imborrable D. Antonio, que al final fue trasladado como párroco a la iglesia de El Garbanzal en La Unión. En esta iglesia me casé, por expreso deseo mío y con la infinita generosidad de mi mujer, y en esta iglesia celebramos el funeral de mi padre. La última vez que hablé desde este púlpito fue para despedirle...

Es una parte importante de nuestra vida, y los más cercanos lo saben.

Pero seguro que ni ellos conocen que mi número favorito es el **7131**, y no porque fuera el que me asignaron por sorteo en el colegio mayor de Madrid, cuando llegué a la capital con 17 años para estudiar en la universidad.

En un sitio así te conviertes, literalmente, en un dígito que utilizan para marcar tu ropa a lavar, enviarte notificaciones o mantener alguna comunicación contigo.

Tú mismo llegas a identificarte con él para siempre.

Pero, no, no es por eso.



Es mi número favorito porque el **7131** me retrotrae a la infancia y la adolescencia.

Si cierro los ojos me veo todavía en mi habitación de la casa de mis padres, un pequeño piso colgado en el mar en Cala Flores. Es de noche. Estoy sentado en un cojín en el suelo, con mi espalda apoyada en el armario empotrado, y mirando fijamente la silueta del faro, situada a lo lejos, frente a mí, a 81 metros sobre el mar, a mí misma altura, (o eso quería suponer yo), con su doble haz de luz iluminándome a mí cada diez segundos (o eso quería creer yo).

Ese era mi momento cada noche, antes de acostarme.

Ahí estaba yo, embrujado por la secuencia de esas luces, una forma rápida de identificar el faro de Cabo de Palos, de sentir su seguridad.

7 segundos de **oscuridad**.

1 segundo de **luz**.

3 segundos de **oscuridad**.

1 segundo de **luz**.

7 segundos de **oscuridad**.

1 segundo de **luz**.

3 segundos de **oscuridad**.

1 segundo de **luz**.

7

1

3

1

7

1

3

1

Una secuencia plasmada en el libro mundial de faros, y mi cifra favorita de siempre.



Ese número me había acompañado hasta los 17 años. Simbolizaba cobijo y conexión con el faro de Cabo de Palos, único elemento realmente estable en mi vida en esa época.

Por eso lloré, ante la sorpresa de mis compañeros, cuando me lo asignaron al azar, entre las infinitas combinaciones posibles de 4 números, en el colegio mayor de Madrid.

En ese momento supe que el faro de Cabo de Palos me acompañaría toda la vida. Sería el ancla de mis viajes y mis destinos, encendiéndose en mi interior treinta minutos antes de mis ocasos diarios.

Por eso es un auténtico honor compartir con vosotros, a continuación, mis reflexiones sobre esta marinera Semana Santa, tan especial y única.

Un creyente no puede tener pavor a hablar de su fe en cualquier momento o lugar, mucho menos cuando se siente en su casa y estamos en vísperas de la semana en que recordamos cómo Jesús sufrió persecución, traición, un infamante suplicio y la muerte en la cruz.

La Pasión de Cristo, ese sufrimiento en apariencia sin fuste adquiere un significado profundo al descubrir que ese sacrificio del Redentor no pretendía ser más que un FARO de esperanza, de salvación, para los que navegamos los procelosos mares que adornan nuestra existencia diaria, llena de altibajos.

Son días de pena, sí, pero también de LUZ REDENTORA, porque DIOS volvió el Domingo de Resurrección para quedarse entre nosotros como Jesús Nazareno, el «pescador de hombres».

Y ese es el Jesús con el que nos tenemos que quedar, con el que anda en el mar y está presente en nuestra realidad diaria, en el esplendor de su gloria, y como una figura confiable y serena, ayudándonos en los momentos más críticos.

Ese es el Jesús con el que debemos identificarnos, más que con el que sufre en la cruz, tal y como decía Antonio Machado:

«... ¡No puedo cantar, ni quiero

a ese Jesús del madero,

sino al que anduvo en el mar!» (La Saeta. Antonio Machado).



En estos días de Semana Santa es mejor alegrarse por la presencia de un Jesús que camina siempre sobre las aguas turbulentas mientras contesta al interrogatorio de Poncio Pilato, con un sencillo: «Mi reino no es de este mundo».

Siempre hemos contado en nuestra vida con ese Jesús vivo, activo y cercano que siempre se ha mostrado como LUZ GUÍA en momentos de oscuridad y desorden en el devenir serpenteante y dubitativo de la existencia.

Como decía de nuevo el poeta sevillano:

«...así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.»

(Es una tarde cenicienta y mustia. Antonio Machado. Libro Soledades, galerías y otros poemas).

Ese debe ser nuestro Jesús. Ese pescador que lanza sus redes en busca de almas perdidas a las que ofrecerse como ESPERANZA, encenderlas espiritualmente, y transformarlas lentamente en sencillas guías para otras todavía perdidas en su oscuridad.

Ya lo decía la gran Alfonsina Storni:

«Esfera negra el cielo
y disco negro el mar.

Abre en la costa, el faro,
su abanico solar.

¿A quién busca en la noche
que gira sin cesar?» (Alfonsina Storni. «Faro en la noche»)

Cada uno de nosotros somos una novela vertical en sí misma, llenos de tempestades y calmas, de naufragios y rescates.

Las tormentas en el mar de la vida nos enseñan a orar a Dios, tal y como está escrito en el pórtico de la capilla de la Escuela Naval de Marín:



«El que no sepa rezar
Que vaya por esos mares
Verá que pronto lo aprende
Sin enseñárselo nadie.»

No les tengamos miedo, porque alcanzar la calma vital suele costar muchas tempestades.
Aprendamos de ellas y pidamos lo mismo que el actor y poeta cubano Alexis Valdés.

«...Cuando la tormenta pase
te pido Dios, apenado,
que nos devuelvas mejores,
como nos habías soñado.» (Esperanza. Alexis Valdés).

Y para ser mejores hay que dejar de ser lo que somos, hay que tocar fondo. Y para que nuestra efímera vida tenga sentido, debemos iluminar la de otros: los que han perdido la esperanza, los que tienen una desconexión espiritual o los que han dejado de rezar. No abandonéis a nadie, por favor. Jesús nos lo pide en estos días.

Pero, para DAR LUZ HAY QUE TENER LUZ.

No olvidemos que en griego antiguo *Pharus* significa «la luz que guía el destino de los hombres», y que la razón de ser de un faro es encontrar a alguien a quien salvar.

Esa luminosidad necesaria se encuentra en ese Jesús Nazareno «pescador de hombres», que es capaz de convertirnos en símbolos de orientación y esperanza para los demás, marcando el camino en la penumbra de las incertidumbres y en la oscuridad de la noche.

San Agustín nos invita a navegar seguros en el barco de Cristo, que no es otro que su cruz. Es el signo de la victoria de Dios sobre el pecado y sobre la muerte, el que evitará que nos ahogemos en el ancho mar que es la vida. (San Agustín, Sermón 75).

Dios nos salvará, nos conectará con el ejemplo de vida de su hijo Jesús en la tierra, y solo nos pedirá a cambio que echemos las redes para salvar a otros.

La red de pescar se convierte entonces en una expresión de amor incondicional, hábil, paciente y perseverante, que busca reunir a personas de toda condición para formar parte



del cuerpo de Cristo, extendiendo sus brazos para acogerlos, independientemente de su pasado o sus circunstancias, y conectar con él.

Hemos de echar esas redes con nuestras propias manos. Las manos son la clave, porque como dijo Miguel Hernández.

...La mano es la herramienta del alma, su mensaje,

y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente... (Las Manos. Miguel Hernández)

Todos nosotros, como hijos de la mar, estamos llamados a esa misión, porque cuando Jesús llamó a los pescadores por su nombre, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, y los invitó a difundir el mensaje del Evangelio, eligió con intención a hombres humildes, limitados de sabiduría, pero plenos en su disposición a seguir al Redentor.

No es fácil renunciar a las comodidades y exponernos a la fragilidad humana ante los escollos de la vida, enfrentarnos a las olas agitadas, superar el miedo al alipori, lanzar las redes con esperanza y ser capaces de dormir serenamente en medio de las tormentas, como hizo Jesús las dos veces que los discípulos echaron las redes por orden suya.

La Pasión y la Resurrección de Cristo que representamos cada año en Semana Santa es el recordatorio del sacrificio que hizo Jesús, pero también de esa esperanzadora labor que nos encomendó.

Esa mezcla de pena y esperanza se hace patente en los desfiles procesionales enraizados en el Renacimiento y que alcanzaron su culmen en el barroco.

En el caso de Cabo de Palos la humilde y penitente Cofradía del Santísimo Cristo de los Pescadores se fundó el 1 de abril de 1969 en el restaurante La Tana, con los tercios de San Pedro, la Dolorosa, y el Cristo, llevado en su día por pescadores descalzos.

Recuerdo claramente esos primeros años de la década de los setenta. Yo salía con mis amigos Diego e Isa Mariscal López, con 6 y 7 años, primero con las túnicas lilas, y luego con los chubasqueros. Jugábamos como críos traviosos con las varas, y Miguel Salas Coy nos reñía porque teníamos que mantener el orden y la distancia...

Y, sobre todo, rememoro el eco de las caracolas, con las que desde tiempo inmemorial se llama a toda la comunidad a hacer frente a un peligro o a un deber urgente; en este caso a atender al mensaje de Dios, a aprender de su sacrificio y a ejecutar su mandato.



En el presente desfilan los tronos del Cristo de los Pescadores, Jesús Nazareno, San Pedro y la Virgen Dolorosa, una procesión humilde y marinera, con el faro de fondo, transformado en hachote sagrado, y que este año estrena una nueva imagen: la del apóstol Santiago, la favorita de mi padre, que fue bendecido el pasado 2 de marzo. Y casualidades de la vida, el proyecto lo ha impulsado Francisco García Alfaro, hermano de una persona con la que comparto la alegría de haber sido hijo de Gonzalo Wandosell: Celestino García Alfaro. En mi caso padre biológico, y en el suyo «padre» cantonal.

Dios bendiga a esta nueva imagen del patrón de España que ha sido fruto del esfuerzo y sentimiento de unos pocos fieles que no han cejado nunca en su empeño. Francisco, desde este momento cuentas en mi con un simpatizante eterno de tu agrupación.

Vaya desde aquí mi agradecimiento a aquellos que con su esfuerzo hacen posible el Jueves Santo en Cabo de Palos.

Termino agradeciendo al Hermano Mayor, Pedro Solano, y a su junta directiva, por haber elegido pregonero a este humilde hermano de la Coronación de Espinas y portapasos de San Pedro.

Mi deuda es infinita y casi impagable. Lo se...

Estuve pensando cómo agradeceréloslo, y lo único que se me ocurrió fue empujar con todas mis fuerzas para que mi agrupación californiana cediera a la de vuestro San Pedro las antiguas y preciosas túnicas de nuestros portapasos, que han sido recién renovadas.

Finalmente, estoy autorizado por mi vicepresidente ejecutivo y mi capataz, mis queridos José Blas Martínez y Ángel Luis Modia, a adelantaros, hoy y aquí, que, a falta de su ratificación en una próxima junta directiva del San Pedro californio, eso va a ser así (si deseáis aceptarlas, por supuesto). Será un honor que esas túnicas con las que muchos hemos sido feliz muchos años por las calles de Cartagena desfilen ahora por las del mágico y único Cabo de Palos.

Os deseo un futuro largo y esperanzador.

Gracias de corazón a todos por acogerme y escucharme.

Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla
Consiliario de la Cofradía California
Cronista Oficial de La Unión